

seres, que viven agobiados de brozno trabajo y en extrema la lacería.

—:O:—

MEXCALTITÁN

MEXCALTITÁN

A las tres de la tarde, encaramado dentro de uno de los altos coches que diriamente viajan entre Tuxpan y Santiago Ixcuintla, tomé la rauta de aquella cercana villa. Al salir al campo, comenzó un aguacero; pero no fué necesario des-coger las cortinillas del coche, y, aunque llovió toda la tarde, toda ella disfruté de los agrestes y ri-sueños paisajes del camino.

Corre por una selva pobladísima, que á lo lejos y en las ondulaciones parece que cierra el paso. Entre la espesura, la palmera enana despliega sus anchos abanicos. En el estípite de algunas ha crecido el camichín, enroscándose en espiras, ó envolviéndolo completamente, y entre la frondosa copa, ó á mayor altura abre la palma sus abanicos. Las sementeras despejan el campo en algunos sitios, y la selva las circuye y aprisiona.

Iba el coche atravesando lagunajos, donde el

tronco y la cuadriga se bañaban salpicándose, y cortijillos que convidan á morar en su soledad, á vivir en aquella paz, como El Mirador del Puente, una sola choza de palmeras, al pie de un camichín, casi escondida en la frondosidad, y un becerillo á la entrada de la corraliza; El Puente, cabañas dispersas entre gigantescas higueras, á orillas del estero de la laguna de La Punta y la Cañada de las Lomas, que atravesamos por su puente de tablas movedizas; El Guarichí, en pequeña hondanada, casi obscurecida por ceibas seculares y capomos; Coamiles, en un altillo, al que subimos, atardeciendo, á la luz del último resplandor crepuscular que inflamaba el anubarrado occidente. Los bueyes estaban desuncidos, las carretas colocadas con los varaes sobre las cercas, la leña amontonada frente á las chozas ó debajo de los árboles. El rumor de la lluvia y el mugir de las reses entristecían la tarde.

Ya de noche, entramos en la villa de San Miguel de Tuxpan, bajo la lluvia persistente que había formado encharcadas, en las que, á la luz de los faroles suspendidos en el centro de la calle, se retrataban las casetas de palmera.

A la mañana siguiente, el río de San Pedro había crecido hasta cubrir sus ribazos, y amenazaba con revertir y anegar la villa, tan expuesta á inundaciones, y tan indefensa contra las riadas. Lleno de manchas blanquinosas de espuma y altos copos se movía lentamente, arrastrando ramas y troncos de árboles y matorrales.

A las siete de la mañana, frente al mercado de la villa zarpó mi barca azul, de ocho metros de eslora, entoldada con ancha lona sobre el trinquete que horizontalmente descansaba por sus extremidades en delgados horcones, y sobre cinco ó seis raíces adventicias de candelón, dobladas sobre aquel mástil. A proa iba un boga con remo de pecho tan largo cuanto pesado, y otro á popa, con remo de mano más chico y en forma de rabel ó bandolón de enorme brazo.

Hendía las aguas lentas la barca, balanceándose suavemente con el levisimo cuneo que el movimiento de los bogas al remar le imprimiera. A ratos colocaba el remo á lo largo de la embarcación el de proa, y, vilordo, se tendía boca arriba, atravesado sobre la regala. El de popa se limitaba á mantener la barca en una misma dirección, y la dejaba llevar por la corriente.

Pasábamos entre sauces sumergidos hasta la copa los mayores, y los pequeños hasta sus más altos ramos. Algunas márgenes eran izagas, y en otras largos setos cerraban sementeras, prados, plantonares, ó se prolongaban hasta sumergirse en el río. Nos encontrábamos con barcas llenas de campesinos que iban á la misa mayor de Tuxpan y al mercado. Veíamos otras atracadas, signo de estar habitados aquellos parajes. Tan suavemente nos arrastraba el río, que parecía varada la barquilla. No se oía en aquella soledad más que el rumor del agua en las salcedas anegadas por la creciente, los arrullos de zuritas, el cuchichiar de

estarnas y los bramidos de alguna vaquería que herbajaba por aquellos campos.

A hora y media de navegación, se vé á la derecha el grupo de cabañas de El Mariache. Llegamos antes á El Naranjo, después á La Palma. Nos los anuncia el canto de sus gallos, y cuando pasamos por enfrente de las chozas se saludan á gritos y se interrogan los barqueros y algunos moradores de los cortijos.

A las dos horas llegamos á La Horqueta, donde se bifurca el río en dos grandes brazos, uno que corre á Mexcaltitán, formando el estero de Las Corrientes, y otro á La Aguabrava, laguna de oleaje tumultuoso, por donde se viaja á Escuinapa, El Rosario y otras poblaciones de Sinaloa, hasta el puerto de Mazatlán.

A mi partida de Tuxpan, se escondía el sol entre cirrocúmulos, albas nubecillas, como nevados vellones, que acolchaban el firmamento, y refulgía sin velo cuando llegué á La Horqueta. ¡Hermosa mañana! ¡Cuánto se cuelga allí el río espumarajeando, y qué veloz se deslizaba la barca! ¡Qué tonos tan vivos los de todo el paisaje! ¡Cómo brillaban la espuma del río y la verdura de las nírgenes! Las chozas medio ocultas entre los cañaverales, las salcedas sumergidas en el agua, sobrenadando las copas. ¡Qué manso y fresco céfiro, qué tranquilidad, qué misteriosa poesía!

Entramos en el estero de Las Corrientes: á sus orillas, chozas y canoas, mujeres que lavan ropa y muchachos que se bañan; renadíos de parí; árbo-

les en cuyo combo ramaje se tienden al sol enormes igüanas y menopomas; cañaverales altísimos, aun no espigados; hojosos bananeros, entre los que sobresale el techo ceniciento de atigüas cabañas; sauces crecidos entre la corriente, de los que cuelgan nidos de tejedores; bandadas de pericos que cruzan, charlando, de un árbol á otro. Estréchase en varios sitios el estero, y los jarillos nos envuelven, ó pasamos bajo los troncos retorcidos, bajo los robustos brazos del sauz que nos fuerzan á bajar el toldo y á tendernos en el fondo de la barca.

En Ticha es la broa del estero de Las Corrientes. Allí se ensancha y penetra en el lago de Mexcaltitán, conservando en más de una milla, el color terroso que le dan las crecidas del río. Empiezan allí las moledas de mangles en ambas apartadas orillas. Se dilata el horizonte, las aguas se extienden y brillan plateadas por el sol en el zenit.

A medida que avanzamos, se engrandece la laguna, tornándose más limpia y clara, y, con la reverberación de los rayos solares despide, en el incesante movimiento de las aguas, intensas y vivísimas cintilaciones.

Singlamos hacia un punto del manglar frontero á la entrada del lago, y, al acercarnos, viramos hacia La Chaquistli ó Laguna Grande, la más espaciosa de cuantas forman la albuera de Mexcaltitán. Se dilata anchísima, inmensurable, llena de luz, de reflejos y cambiantes delumbradores. Sus playas la forman inmensa elipse, cubiertas de altísima vejetación; aun las más remotas se perci-

ben, en la fulgurante claridad del medio día, crecidas de palmares y arbolados gigantes. Atraviesan de seguido aquella inmensidad de luciente plata, ceñida de esmeralda, algunas gaviotas, de níveo plumaje y larguísimo y reposado vuelo.

¡Región tranquila, de cielo transparente, de márgenes sombrías, de céfiros aromosos que mueven las aguas en ondulaciones instantáneas y refrescan las florestas del contorno; región de estudios, de contemplaciones, de encantos, de los más puros placeres; lontananzas glúeas, azules, nítidas; lejanías poéticas, yo os saludo!

Comenzó á soplar la brisa, y los bogas quitaron el toldo, para enhestar el trinquete y desplegar la vela. Fué de un momento la maniobra. Sujeta la lona al palo por los extremos de la relinga, y extendida con la verga, colocaron el trinquete en el banquillo, y ataron á popa el puño libre de la vela.

La collada soplaba con fuerza, hinchaba la lona, é, impelida la enbarcación, surcaba las aguas con igual velocidad á la que le daba la corriente del río, cuando íbamos bajándole en La Horqueta.

Al cabo de dos horas de bogar por las aguas de Ticha y la Laguna Grande, entramos en la del Pueblo por el ancho canal de La Boquita. Cuando reviramos hacia éste, por el cambio de rumbo ya no pudimos velejar. En mitad de La Boquita se siente la proximidad de una población alegre.

Oyese el parloteo de mucha gente que navega, se baña, ríe á carcajada tendida; más cerca se deja

oír la música. Antes de la salida del canal se presenta á mi vista una parte del caserío; avanzo más, y todo él aparece.

¡He allí á Mexcaltitán, «población ribereña, sustentada con las aguas del flujo y reflujo del mar.» como la llamó un indígena, á quien debo la cortesía de haberme acompañado, á mi regreso, hasta Tuxpan: he! allí surgiendo en la laguna! Sus setos de leñosas varas de mangle lineadas entre el agua que ha inundado las corralizas y callejuelas del villaje; sus tejados coloreantes, sobre gruesos troncos de manglar también, de que están formadas las casetas. Un tejado más largo y alto que los que se agrupan en torno, es el de la iglesia, donde el pueblo venera á su santo patrono, el Príncipe de los Apóstoles, cuya imagen lleva por lagos y marismas, el veintinueve de junio, á la bendición del agua, para la abundancia de la pesca, con numeroso acompañamiento de canoas empavezadas, música, cohetes y abundantes provisiones de tamales de camarón y aguardiente de Tequila. Su campanario se compone de tres arcos enjalbegados, en línea recta sobre el hastial de la fachada; rematando el arco más alto y del centro en larga cruz de madera.

Nos acercamos á la población y costeamos la isleta en su mayor parte. Véanse las callecicas, inundadas todas, desembocar en la plaza; chozas y setos en el agua, en cuyo limpio espejo se retrataban.

Entró mi barca en una calle, turbando la tran-

quilidad de sus aguas; atravesó su enrocijada y la de la calle más ancha, circular, y que ciñe todo el pueblo. También el interior de las viviendas estaba anegado: los catres y otros muebles, en el agua. Pasó luego á otra calle, tan estrecha, que apenas cabían dos barcas de frente, y se detuvo á popa de una barca, á la cual hube de transbordarme, y fué remolcada por dos bogas, hasta que se varó á la desembocadura de la callejuela.

Salí á la plaza única del pintoresco pueblecillo, y único sitio de la isla sobre el nivel de la laguna en el verano, á un pie de altura. Es cuadrilonga, con una farola en el centro y otra en cada ángulo, sobre columnas de madera, con varios cocoteros simétricamente dispuestos dentro de albitanas, y rodeada de soportales sobre horcones ó pilares de ébano.

En la plaza había gran confusión de gente y de suídeos: barbulla de pescadores y de chíquillos en los soportales, en las tiendas, y, afuera, manadas de cerdos vagando y hozando; gruñían y aturdían, corrían unos tras otros: se dispersaban los grupos de lechoncillos á los trompazos de los verracos.

Vino la noche, y se iluminaron las tiendas: su luz se dilataba hasta los fronteros soportales. Desaparecían paulatinamente los grupos de pescadores; pero los suídeos no se sosegaban ni callaban: se movían reunidos en numerosas piaras, haciendo ruido ensordecedor y obstruyendo el paso. Avanzada la noche, se durmieron aglomerados dentro de los soportales y junto á las albitanas.

Un inglés, cazador de garzas, cuyo plumaje vendía á peso de oro en San Francisco de California, me contó su primera noche en Mexcaltitán, á propósito de aquel vivir de los cerdos en la plaza todo el verano, durante el cual, inundada la isleta, no pueden habitar en las porquerizas.

Llegó el cazador á la hora en que la población dormía: las puertas cerradas, las callejas oscuras. No aceptó la hospitalidad de sus barqueros en un cuchitril anegado, en donde dormían sus mujeres y ocho niños, y le improvisaron lecho bajo de un soportal de la plaza, sobre dos tablas colocadas en el suelo.

Después de pasearse por el soportal, se recostó en el camastro, y el cansancio lo adormeció profundamente.

Despertó una hora más tarde, al tronar un rayo, y se sintió cercado y oprimido, sin poder cambiar de postura. Sintió que enormes é informes masas pesaban en torno suyo, y le impedían levantarse y volverse á otro lado. Miró á su alrededor, moviendo la cabeza, y se halló en medio de grandes cerdos que, huyendo de la lluvia, habían dejado la plaza, invadido el soportal y hecho su yacija allí con el inglés, amontonados: la cabeza de unos, sobre el hirsuto dorso de otros, que escondían hocico y extremidades entre los inmediatos.

Muy despacio, sin hacer ruido, alargó la mano derecha hasta tomar la vardasca que había dejado cerca de su cabecera, y á diestra y siniestra reparó azotes á la dormida piara. Los asenderados go-

chos despertaron sorprendidos, gruñendo y resoplado se removieron perezosamente en la yacija, se levantaron y huyeron del sotechado; pero la lluvia los hacía buscarle otra vez, y volvían á entrar. Llegábanse al camastro, y, vueltos á azotar, se dispersaban de nuevo. Volvían á poco rato, se arrimaban á la pared y se echaban.

Temeroso de volver á dormirse entre aquellos voraces paquidermos, el cazador decidió levantarse, y presto se puso en pie, recogió sus abrigos del camastro, levantó las tablas y se dió á pasear por el estrecho soportal, desistido del empeño de desalojar á los tozudos gochos. Poco á poco fueron éstos echándose contra la pared, medio subidos unos sobre otros, gruñendo, resoplado, trompeándose y dándose cada mordisco que los hacía chillar.

La lluvia pertinaz, estacionada bajo el cielo blanquecino é igual, sonaba en los tejados, en los cocoteros, en las encharcadas de la plaza, y caía en delgados hilos por las bocatejas. El viento la hacía entrar en el sotechado, y se empapó tanto el piso, que no pudo el infortunado hijo de Albión seguir paseándose, y largas horas estuvo de pie, á la puerta de una tienda cerrada, en tanto que la epicúrea piara dormía voluptuosamente, se removía con pesadez, roncaba y resoplaba.

Imposible emprender la marcha á aquellas horas, refugiarse en alguna casa, separarse de aquel soportal mojado é infecto á otro que no estuviese lo mismo ni abandonar la compañía de aquellos inmundos cuadrúpedos. Soñoliento el viajero, bos-

teizando, sin poderse tener en pie de cansancio, sin poder acostarse, sin un asiento, desfallecido y con la irritación del insomnio, amaneció casi con fiebre.....

Asentado está el pueblecillo de pescadores, desde tiempo inmemorial, en una isleta como de trescientos metros de diámetro, á flor de agua, en medio de la gran laguna que, por bañar el caserío y contenerle en su centro, es llamada del Pueblo. Dilátase en torno, tranquila ó bulliciosa y ceñida de bosque en amplio círculo; encuadrada entre espeso monte, de brillante verdura revestido, que se ve de lejos sin salida, cerrando la laguna con la crecida vegetación de sus al parecer infranqueables riberas. Mas no son sino la frondosidad de los árboles y la estrechez de los canales las que hacen aparecer cerrada esa laguna, como las demás de Mexcaltitán. No las rodea un solo y único monte en dilatada circunferencia, sino muchos, islotes de dimensiones y formas variadísimas: Cotumbá, Táxcuil, Teupa, Calisti, Chamo y otros que, como Ixtagüaticha—donde está el panteón del pueblo—Gutiérrez, Matadero y La Estrellita, forman canales, esteros, marismas, lagunas interminables, circuidos también de otras isletas cruzadas de nuevos canales, y comunicados por éstos con más distantes lagos, esteros y marismas, de aguas cerúleas, cristalinas ó negras, como betuminosas; formando todos la gran albúfera de Mexcaltitán, que se extiende, en veintitres leguas, hasta las playas del océano Pacífico, y comunica con éste por La Boca del Camichín y la de Teacapán.

Apenas da paso la estrechez de algunos canales á larguísimas y angostas barcas, y el ramaje entrelazado de ambas orillas nos impide á veces levantar la cabeza á mayor altura que la de la borda. Entorno de las aguas, el manglar extiende su brillante frondosidad, el *puyequé* retuerce sus nudosos brazos, el candelón arroja sus luengas raíces adventicias: del bulbillo nacido en el lugar de las flores brota una vara hacia el suelo, y á distancia, brotan de cada una tres ó cuatro que bajan á enclavarse. Entre las aguas, al pie de los mangles y candelones hay ácoros y narcisos en flor, y cubre la superficie de algunos lagos el nenúfar, sumergidos los herbáceos tallos y bohordos, extendidas sobre el agua las anchas hojas y levantada entre éstas la flor, con su corola de pálidos pétalos al cielo, blancos ó bicolors: blancos en la uña, y azules ó violáceos en su lámina. Las barcas destrozan al paso aquella vistosa eflorescencia.

En las sombrías riberas viven garzas, cigüeñas, pelicanos, cisnes, ánceras é infinidad de otras zancudas y palmípedas que emigran en la estación veraniega, y sólo se ven ahora algún pluvial, petrelos y gaviotas.



Son las ocho de la noche, y nuestra barca, aparejada para ir á la figa de Pachelito, zarpa la primera. Esperando á las demás que van á esa marisma, costeamos la isleta, muy animada en el tér-

mino de las callecicas y en las casetas que tienen salida á la laguna. Numerosidad de hachos iluminan el caserío, las tranquilas aguas en que se miran y los grupos de pescadores. Mucha gente en actividad, embarcando arpones, remos, palancas, y formando la luenga tea de astillas de *puyequé*; mucha en espera, fumando y chacoteando. Oyense la garla, las rizotadas y los hachazos en los resinosos troncos del *puyequé*.

Sucesivamente se desprenden las barcas de los atracaderos, y toman distintos rumbos. A varios esteros, marismas y lagunas se dirigen: unas van á El Sanate, otras á Tecolota, ó bien á Chacoa, ó á Pintocotón, á El Caimanero ó á Chalpa, á Toluca ó á El Padre, á El Tiburón ó á Las Anonas. Seis nos acompañan á Pachelito.

La noche es propicia á los figadores. Así lo anuncia uno muy experimentado, que al saltar en su barca dice á sus camaradas:

—Buena pesca tendremos hoy!

—Así parece—le contesta otro—la noche está cerrada y hemos de ver bien.

Con efecto, no hay luna, el cielo está nubloso y los peces han de brillar con su coruscante fosforescencia.

Alegres van los pescadores: apenas han zarpado, entonan cantatas al son de los arpegios de vihuelas y acordeones.

Al salir de la laguna del Pueblo viramos á babor y enfilamos el estrecho de Los Mogotes, formado por las dos mohedas de ese nombre, altas, de lozanísima vejetación y muy frondosas. Bogamos

después en las aguas de Chaquistiano, y salimos á las de Pachalito. Entonces todos los pescadores se aperciben para la figa: en todas las canoas se enciende el puyequé. Con los astillones de esta madera se formaron, antes de partir, muchos haces, y enchufados unos en otros hasta quedar la tea, de la longura de la canoa, se le colocó en ésta, con una extremidad salida á proa. Esa extremidad se enciende, y á medida que se consume se saca más la tea, para conservar la llamarada fuera de la barca.

El pescador echa mano de la figa, que es un ástil de dos metros de longitud, armado de un hierro en forma de lira terminada en dobles puntas, dos en cada extremo, en dirección opuesta una de otra, esto es, una hacia arriba y otra hacia abajo. Yérguese á proa: á sus pies arde la tea, y á efecto de ver los peces, se la cubre mordiéndole su sombrero vuelto con la copa hacia abajo. Atraídos por el vivo resplandor de la llama, se acercan, á flor de agua, róbalo y liza; espétales entonces la figa el pescador, y con suma rapidez los arroja á la canoa, en la que caen agitándose y desangrándose.

Algunas lizas, al saltar en el lago, caen en la canoa, y nos azotan con su cuerpo, en sus incesantes esfuerzos por salirse.

Corren las barcas por la marisma; se alejan entre sí; se retratan en el lago, iluminadas por las llamas que el viento aviva y prolonga, y se multiplican las luces. Brillan las luengas estelas fosforescentes; brillan los peces, y trazan surcos de fugitiva claridad. Hay luces en el aire, luces en

el agua, luces en todas direcciones, y sombras que recorren el lago, se acercan, se confunden, se apartan, se deshacen y remanecen.

En pocas horas se congloba en cada barca una centena del que llamó Aristóteles el más fino de todos los peces, del róbalo, y otra de su eternamente perseguida, la liza, que á Cornides parece de carne aún más fina.

Común es á ambos peces el no podérseles pescar sino con figa, pues el róbalo, aunque toma el anzuelo, no bien se siente prendido, se agita en violentísimas contorsiones, hasta agrandar su herida y desprenderse; y aprisionado en redes, excava en la arena con la aleta caudal, hasta escaparse. La liza, que como todo mágil, no se alimenta de substancias sólidas, sino en disolución y de líquidos, á causa de las sinuosidades de su faringe, no toma jamás el anzuelo, y su propiedad de saltar, dificulta pescarla con redes.

Ambas especies viven en las mismas aguas por la tenaz persecución que la liza sufre del róbalo, al que convendría mejor la otra denominación de aquella: robaliza. Facilitan la figa la convivencia de esos peces en manadas, y el nadar á flor de agua.

En mitad de la noche damos descanso á los pescadores, y entonces beben aguardiente á porrillo, tocan y cantan: las vihuelas y los acordeones llenan de armonías la soledad de los lagos dormidos en plácida calma, la de sus mohedas impenetrables; la esquividad de las señeras grutas formadas por árboles de ramaje entrelazado y revestido de hiedras y delimas.

La profusión de peces que afluyen á las canoas, atraídos por las vivaces llamas, convida á volver á la figsa, y proseguimos en ésta después de descansar una hora. Bogamos sin detenernos; atravesamos la marisma por sitios distintos; pasamos á lagos circunvecinos; los recorremos una y otra vez, hasta que acaba la noche. Cuando el dilatado horizonte empieza á iluminarse de mil vivísimos tonos, emprendemos la vuelta á Mexcaltitán, llevando un alto rimero de peces en el centro de cada barca, y no poca agua ensangrentada, que ha corrido hasta nuestros bancos, y nos fuerza á llevar los pies sobre la borda.

Al día siguiente sonoché en la pesquería de Tecolota, la más abundante de camarones, y donde hay mayor número de nasas, ó, como les llaman los indígenas de Mexcaltitán, de *acajales*. Redes son éstas, en forma de tiaras, de un metro de altura, hechas con listas de carrizo atadas á otras tresdobles que suben en paralelas circunvoluciones desde la boca, y en la cual se ata un cono, también de listas de carrizo, que penetra en la nasa como pie y medio, y tiene una abertura circular en su vértice, por donde entra el camarón, y por donde no puede salir á causa de las puntas de las listas que circuyen ese píloro.

Arrastrado por la corriente aquel crustáceo, tropezaba con un varaseto enclavado en el fondo del lago, al que llaman *cierra de la pesca*; retrocede, y se encuentra con las nasas, fijas horizontalmente sobre varales dentro del agua, con la entrada en dirección de la *cierra*, penetra en ellas y vive allí has-

ta el tiempo en que deben estar llenas.

Para ir á esa pesquería, enfilamos el canal de Matadero, abierto en la laguna del Pueblo, y salimos á la de Godines. Otro canal nos lleva á la del Tigre. Por el cañón de La Loma pasamos á la laguna del mismo nombre; de allí á la de Pochote, de negras aguas, y luego á la de Tecolota.

Alineadas las canoas cerca de la fila de sumergidas nasas, los que habían de sacar éstas se desnudaron completamente y se arrojaron al agua, donde apenas podían mantener fuera la cabeza, unos de pie en el fondo, otros nadando en sitios más profundos. Levantaban un tanto las nasas, colocándolas con la boca hacia arriba sobre los mismos varales en que estaban fijas, desataban el cono que cerraba su entrada, y luego, colocando cada nasa en la borda de la cercana canoa, vaciaron los centenares de camarones que llenaban aquella, vivos todos, y los que, antes de salir, desde que se sintieron fuera del agua, se agitaban violentamente. Ya en la canoa saltaban con brincos desmesurados, y tal cual camaroncillo recobró su libertad cayendo en el lago.

Varias horas duró esa sencilla maniobra, como que eran cuarenta las nasas llenas de camarones, y sólo diez las barcas que recibían el ajobo de tan rica pesca.

*
* *

Mi último día en Mexcaltitán, paseamos, al

atardecer, por la laguna del Pueblo, costeano la ínsula. Entre nuestros asientos van las maconas de botellas de cerveza, las escopetas y las vihuelas, compañía que llevábamos en todo paseo por los lagos. Otras canoas pasean también, donde, lo mismo que en la nuestra, se bebe cerveza, se toca en la vihuela, se canta, se tira á las aves y se improvisan regatas; y en los transportes de alegría se grita, se aplaude y se disparan las armas al viento.

El sol, cercano ya á la tierra, asomaba su disco relumbrante por un intersticio de las nubes, y dejando en sombra las extendidas y mansas aguas, doraba el caserío que entre ellas se asienta, y abrilantaba la verdura de las mohedas que las limitan.

Dos arcos iris paralelos, uno mayor y brillantísimo, otro menor y de más suaves tonos, se tendían, bajo muscas nubes, del orto al mediodía. El segundo se descolora más hacia su parte media.

Poco á poco subía la sombra á los pardos setos de las encharcadas corralizas de la orilla, avanzaba hacia las desiguales puntas de sus varas, trepaba por los muros de troncos cenicientos y se elevaba hasta los techados coloreantes. A lo lejos apenas doraba el sol las últimas y más altas randas de los manglares, y en breve invadió la sombra todo el firmamento.

Los arcos iris se desvanecían paulatinamente: de uno quedaba en levante un segmento de colores vivos; el desvaído apenas era perceptible.

El sol se ocultó al fin, y quedó iluminado de verdegay suavísimo, el lejano occidente. En su

claro fondo brillaban ráfagas de oro; más arriba nubecillas enrojecidas, y en el cenit otras doradas, en forma de haces de grandes espigas. Las profundas claridades del oeste contrastaban con la obscuridad del capuz que iba envolviendo mohedas, lago y pueblo; pero en la sombra poética de la tarde aun no se desvanecía la variada coloración de los leñosos muros y setos, de los rojos tejados, del blanco campanario; dibujábanse aún con claridad entre el lago y la verdura que le cife.

Sobre el campanario y los caballetes de algunos tejados se habían posado los buitres; las gallinas habían subido á los aleros; las golondrinas, á corta distancia de la isleta, descansaban sobre secas varas horizontales, sostenidas por otras enclavadas en el lago, restos de un varaseto, y en medio del silencio y del reposo de la naturaleza, vibró con retínir argentino, una sonora campana de la iglesia, que tocaba la oración.

A las primeras sombras del crepúsculo siguieron otras más densas; y venida la noche volvieron al pueblo las demás barcas que paseaban en el lago; unas se internaron en las callecicas, otras quedaron atracadas y sujetas á hincones á la entrada, la nuestra prosiguió bogando en torno de la ínsula. Toda la belleza y posesía de aquella tarde habían desaparecido: bajo el cielo nuboso se alzaba oscuro y tétrico el caserío del villaje, entre el cual, y al ponerse en dirección de las calles nuestra barca, veíamos brillar alguna lejana lucecita.

A las nueve de la noche abandoné á Mexcaltitán. Cuando se alejaba mi barca, repetí mi adiós

al grupo de isleños que me habían acompañado hasta esa hora, y que se destacaba en una canoa, á la entrada de una callejuela, iluminado por el hacho que aun mantenía en alto uno de ellos.

Crucé por la laguna del Pueblo, hasta salir al canal de La Boquita, y otro canal formado por dos de los islotes que lo limitan me condujo á la laguna de Agualarga, cuya longitud es superior á su anchura. En su margen oriental, á hora y media de navegación desde La Boquita, se encuentra el embarcadero del Guamuchil, el más concurrido en otoño, invierno y primavera.

Por el estero de Boca Grande pasamos de Agualarga á la Laguna Grande, y la atravesamos en su dilatada extensión. Corría la barca con levísimo rumor al cortar las aguas casi inmóviles. Mi vista se espaciaba por la claridad del inmenso lago; por su tersa superficie de bruñido acero y la cinta obscura de las apartadas márgenes. Al rumor apenas perceptible de las aguas hendidas por la proa, se unía el chasquido de lizas y camarones que saltaban, y en la tersura lacustre aparecía de seguido el dorso oscuro de algún bagre ó mero que se dejaban ver á flor de agua, ó de alguna enorme tortuga marina. Nos aproximamos al límite de la laguna, y ya la parte más cercana había perdido su obscuridad y su aspecto de negra cinta de tierra.

Entró la barca en un canal estrechísimo, en que apenas si se movía con lentitud, llevada sin palanca ni remos, y sólo por el esfuerzo del barquero de proa, que iba asiéndose de las ramas y empuján-

dola hacia adelante. Ese paso por entre mohedas tan cercanas, bajo tan adunco y entretejido ramaje, que nos obliga á tendernos en el fondo de la canoa, es el de Boca del Misco, abierto en el Rincón de Güachisvais, nombre, este último, de la laguna con que comunica á la Grande ó Chaquistli.

Por otro canal semejante, salimos de la laguna de Güachisvais, defendiéndonos del ramaje alabado que barría el toldo de la embarcación y nos quitaba los sombreros apenas levantábamos la cabeza fuera del nivel de la regala. Después de voltear por los mil recuencos del canal, donde colgaban hasta las aguas los delgados urilos de enredaderas, entramos en otro espacioso lago, el del Llano de los Sitios, llanura de este nombre, que en verano se inunda, y se seca en otoño, cuando han cesado las lluvias torrenciales y las grandes avenidas de agua correntía.

Comunica, aunque no por canales tan angostos, con la laguna permanente de Los Sitios.

Fuimos de ésta á la de Tierra Dulce; en seguida á la de Tapalca, y de allí al estero del Derramadero, donde desemboca el brazo del río de San Pedro que, desmenbrándose á la margen izquierda, al poniente de Tuxpan y cerca de ésta villa, forma el estero del Boquete, que corre entre dos palapares, el del Rayo y el del Desagüe.

Aun me conmueve el recuerdo de aquellas selvas gigantescas é imponentes; redive con él la honda emoción que sentí al verlas por primera vez y casi de improviso, sin acordarme que navegaba ni en dónde.

Al cruzar por el lago del Llano de los Sitios, no pudiendo dominar el sopor que por lo avanzado de la noche y las anteriores vigili-
as cerraba mis ojos, me entré debajo del toldo un tanto descompu-
puesto por las ramas en los canales, y bien pronto me dormí á favor del conticinio y de la casi in-
movilidad de la barca, que bogaba tan suavemente por tan mansas aguas.

Desperté al cabo de tres horas, y las ramas ha-
bían descornado el toldo encima de mi cabeza, de-
jando al descubierto algunas verdascas de cande-
lón, de las que formaban el caballete. Olvidado yo
de en dónde me hallaba, y sin levantarme ni aun
moverme, alcé la vista, y me ví en el fondo de una
espesura altísima, sombría y medrosa.

Mi pasmo era comparable al de quien, habién-
dose recogido tranquilamente en su alcoba, fuese
transportado durante el sueño á una soledad des-
conocida, y en mitad de la noche despertarse allí
solo.

Oí rumor de agua, extrañándome de él, porque
en las lagunas era imposible.

Pasado un instante de sorpresa, recordé que me
había embarcado en Mexcaltitán á las nueve, y
tenía que subir por la corriente del Boquete. Al
punto pensé que iba por el brazo del río y estaba
en los palapares, y salí prontamente de debajo del
toldo.

Continuaba el cielo lleno de nubes que cambia-
ban de posición constantemente: avanzaban, se
conglomeraban, se despartían para reunirse con o-
tras, y, á las veces, la luna en creciente se asomaba

por los dorados vellones é iluminaba el paisaje.
Huían las sombras, se internaban en las selvas, y
al velarse de nuevo la luna se volvían á tender en
el estero.

Los esbeltos estípites de las palmeras se herguían
rectísimos, y en la cumbre se dividían sus largas
ramas, de hojas destrizadas. Ceibas, salates, cami-
chines, molinedias, hayas, higueras salvajes com-
petían en corpulencia y elevación, y bajo su fron-
dosidad crecían y se enmarañaban líquenes, cipe-
ros, helechos, jarillos y surirelas.

La espesura cerraba el horizonte al grado de
que, para ver algo que no fuesen las selvas y sus
profundas lobregueces, levantaba yo los ojos al fir-
mamento, y veía un estrecho círculo cenital. Por
esa repunta de cielo, llena de nubes blanquecinas,
se asomaba instantáneamente la luna, y tornasola-
ba los nevados y vaporosos limbos de las más cer-
canas.

Estréchase tanto el estero en algunos sitios, que
desaparecía la barca entre el follaje crecido en las
aguas, y al chocar con algunos troncos caían en
ella ó en la corriente, los iguánidos que estaban en
las ramas.

La llovizna me obligó á encerrarme otra vez bajo
del toldo, y volví á dormirme. Cuando desperté,
amanecía, y mi barca estaba atracada, entre mu-
chas otras, frente al mercado de San Miguel de
Tuxpan.

